

Elixir estomacal

MARTIN Borman y yo nos pusimos morados de tanto reír. Estuvimos toda una tarde, ante el espejo, probándonos cosas que imitasen la cabellera de Angela Davis. Empezó Borman poniéndose una escarola. Después yo me puse un estropajo. Y a partir de ahí, lo que quieran. Y estando en éstas, por el túnel del Sudoeste nos llega mi Correo particular, casi sin aliento, escupiendo pedacitos de un pulmón amarillo que se lo tengo muy visto. Le obligo a seguir un régimen muy estricto, porque a su edad, si come demasiado, perdería velocidad. Si le autoricé el empleo de bastón hace tres meses fue porque un médico me demostró que mi Correo corría mal desde hace treinta años y se le había acortado la pierna derecha.

—Jefe..., la han absuelto...

—¿A quién?

—A Angela Davis.

Conté hasta cien. Borman y el Correo se habían escondido detrás del planisferio y desde allí observaban la evolución de mi cólera. Terminé de contar hasta cien y noté un tirón en la sudclavia.

—¿Se me ha roto la sudclavia!

Borman corrió hacia mí y examinó cuidadosamente la zona.

—¿Le pongo otro alfiler o utilizo el mismo?

—¿Está bien?

—Yo creo que aprovecha.

—Dale.

Y me arregló el alfiler que repara mi rotura de sudclavia de 1951, cuando me enteré de que Truman había destituido al general Mac Arthur. Todavía tenía entonces arrestos y derribé el muro izquierda de un bunker precioso que había construido Churchill para mí en la península de Cornualles. Un bunker con tres habitaciones, baño, cuarto de aseo y un pequeño salón del trono. Devoré la información que me

traía el Correo. No había mentido. La negra esa había sido absuelta. Borman adivinó mis intenciones y se colocó ante la puerta que comunica con la cámara secreta donde guardo una V-2, en espera de que alguna vez caiga en mis manos una cabeza nuclear.

—¡Apártate, Martin! ¡Déjame lanzar esta V-2 contra ese pueblo de advenedizos leguleyos!

—¡Espere a que nos traigan la cabeza nuclear!

—¿Cuándo, Martin, cuándo?

Y me he derrumbado en el sillón que siempre espera mis viriles derrumbamientos. Con tan mala fortuna que su quebrada pata izquierda se ha negado a vivir por más tiempo y su rotura ha dado con mis viejos huesos en el suelo. Me he desmayado. Y al volver en mí, el traumatólogo tenía mi coxis entre las manos.

—¿Qué hace usted con eso?

—No sé donde meterlo. Me sobra.

—¡Métalo en su sitio!

—Le he metido una pieza artificial de armazón metálico. No hay manera de arreglarle a usted el esqueleto.

Finalmente hemos decidido po-

ner el coxis encima de la repisa de la chimenea y lo emplearé en mis prácticas de tiro. Borman me ha traído una tacita de manzanilla, que me ha sentado muy bien. Pero ya mi cerebro tejía y destejía urgentes medidas.

—¡Venga! ¡El teléfono caquí! ¿Dónde está el teléfono caquí?

Me han traído el teléfono, y a los pocos segundos tenía a Von Braun al otro lado del hilo telefónico.

—¡Jefe! ¡Qué alegría! ¿Cómo va esa salud?

—Basta de rodeos, Von Braun. Necesito esa cabeza nuclear que me está prometiendo desde mil novecientos cuarenta y uno.

—Pero, jefe, hay que tener paciencia.

—¿No me dirá usted que en los Estados Unidos le va a costar mucho encontrar una cabeza nuclear?

—Aún no hay mercado

negro y las nuevas están muy guardadas. Y sobre todo después del viaje de Nixon a Rusia.

—¡Excusas, maldito!

—Jefe, no se ponga así. Yo también estoy muy decepcionado. He dejado la NASA y me he pasado a la industria privada, porque esta

gente no tiene arreglo. Les ayudo a que consigan un privilegiado punto de tiro en la Luna y ahora quieren colaborar con los rusos en la carrera espacial. Yo, para eso, me voy a casa. Y cogí la chaqueta y me marché.

—Bien hecho, hijo mío.

—Yo siempre fiel a mí mismo, jefe. Dígame, ¿para qué quería la cabeza nuclear?

—Quiero tirársela a ese país donde vives. La absolución de Angela Davis es mucho más de lo que yo puedo soportar. Es el principio del fin.

—¡Guárdese la V-2 que le queda para mejor ocasión! ¡Hágame caso! Esta chica no tiene porvenir. El día menos pensado se la cargan. Está escrito en los signos del Zodíaco.

—¿De verdad? ¿Me lo juras?

—Se lo juro, jefe.

Si Von Braun me lo jura puedo fiarme. Pocos saben que la principal sabiduría de Von Braun es la astrología. Ya en 1943 me dijo: «La civilización occidental será tan decadente si perdemos la guerra que se producirá una monstruosa mezcla de judíos y negros. Fíjese. Bajo el signo de Géminis se termina en una degeneración de elementos constitutivos».

¡Cuánta razón tenía aquel arripiezo al que yo protegí porque tenía talento!

—Martin.

—Dígame, jefe.

—Recuérdame que le conceda a Von Braun una Cruz de Hierro.

—Lo que usted quiera, pero ya tiene treinta y ocho cruces de hierro.

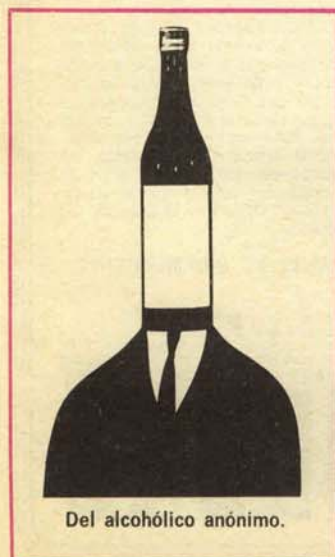
A veces creo que Martin Borman me tiene manía.

Adolfo

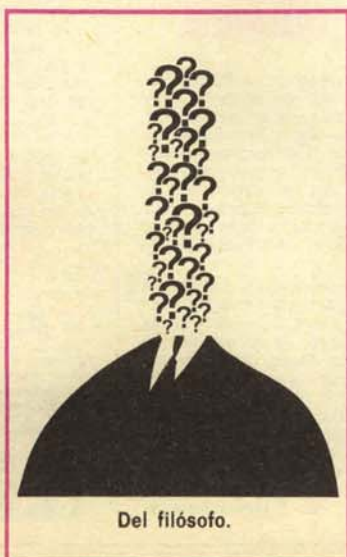


LA JUDAICA NEGRITUD

FOTOMATON PSICOLOGICO



Del alcohólico anónimo.



Del filósofo.



Del obseso sexual.



Del confuso.

